

OCT 16 1990

REVISTA
#135
TEOLOGICA



V. 34
#3
1984
?

PUBLICACION

DEL

SEMINARIO
CONCORDIA

CONTENIDO

	<u>PAGINA</u>
* EDITORIAL	1
* BOSQUEJOS DE ESTUDIOS BIBLICOS	3
* LA LOGIA SIRVE AL PUEBLO ¿POR QUE LA IGLESIA NO?	13
* CATEQUESIS PARA IGNORANTES	18
* MISTERIO Y DINAMISMO DE LA VOCACION CRISTIANA	27
* NOTICIAS	35

Año 34 - N°; 135 - 3/1989.

Misterio y Dinamismo de la Vocación Cristiana

LUCIANO JARAMILLO C.

Nota del Editor: Reproducimos aquí una parte de un artículo que Luciano Jaramillo C. escribió en "Ciencias Bíblicas", suplemento de estudio de la revista LA BIBLIA EN LAS AMERICAS de la cual él es Director.

EL DINAMISMO DE LA VOCACION

1. Cambio:

Cuando Dios llama y su Espíritu confirma su llamamiento se produce una revolución: todo se cambia, hasta el nombre en muchos casos. La vida toma nuevos rumbos. Por vocación Dios nos posee. Toma posesión de nuestro ser, pensar y obrar; irrumpe en nuestra vida; nos manda y exige obediencia. Todo esto es parte del proceso dinámico que se desata cuando Dios llama. De ahí en adelante es su voluntad la que debe prevalecer, no la nuestra. Veámoslo en algunos ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamentos:

a) ABRAHAM deja su ciudad, su tierra, su parentela. De sedentario terrateniente se vuelve emigrante vagabundo: de Ur de Caldea rumbo al norte, a Harán y la Mesopotamia; y de ahí, pasando Siria y Fenicia, al sur, hasta Egipto; y luego de regreso, al norte, a Canaán, buscando siempre la voluntad de Dios; a donde él quiera llevarlo.

b) MOISES sale de su ostracismo en el desierto y debe exponerse. No importan sus temores, le espera una vida de aventuras que nunca se propuso. Primero el faraón, las plagas, los milagros; el paso del Mar Rojo; luego el continuo force-

jeo con un pueblo de dura cerviz; la ley, la conducción de Israel en su peregrinaje por el desierto, hasta las puertas de la tierra prometida, donde Josué tomaría el mando. Allí la voluntad de Dios dispuso que terminara su ministerio.

c) JOSUE es ahora el llamado y pasa de teniente a general. Su sabiduría y poder no son suyos, sino de Dios; por eso le sirven para derrumbar los muros de Jericó y ganar mil batallas que darán posesión de la tierra prometida al pueblo de Dios.

d) Detrás de Josué vendrán otros; hombres como ellos, pero marcados por el sello de la vocación divina y a través de ellos cumplirá Dios sus propósitos: derribará imperios, construirá ciudades y templos; implantará su ley, gobernará su pueblo, transmitirá su palabra y preparará la llegada de su Mesías. Uno de ellos, en el que luce de manera admirable el dinamismo de la vocación divina, se llama DAVID. Nadie pensó en él para ejercer el ministerio de líder y rey del pueblo escogido. Sólo Dios; y David pasa de pastorcito a soberano. Su ministerio es rico y variado: rey y profeta; poeta y guerrero; pero siempre hombre, hombre pecador. Pero aun en su pecado le acompaña Dios. No lo abandona. ¿Cómo podría abandonarlo si era su escogido? David, iluminado por Dios, debe reconocer que ha traicionado su vocación, y debe enmendar su camino. Y en el salmo 32 nos cuenta cómo, a pesar de todo, el Dios que le llamó fue el mismo que le rescató. Es el mismo Dios que asegura su asistencia vigilante a todos aquellos a quienes llama para realizar sus designios: "El Señor dice: 'Mis ojos están puestos en tí. Yo te daré instrucciones, te daré consejos, te enseñaré el camino que debes seguir.'" (Sal.32:8).

e) Hay más ejemplos de este maravilloso dinamismo de la vocación. De hecho este fenómeno es como el denominador común de todos los siervos del Señor y prueba incontrastable de que su ministerio viene de Dios. ISAIAS encuentra su vocación en medio de los candelabros del templo y de ahí en adelante no tendrá ya reposo. Su verbo y su pluma reclamarán, amenazarán, reprenderán a grandes y a pequeños exhortando al pueblo a vivir en santidad; profetizando contra los reyes que no quieren reconocer la soberanía absoluta de su Dios, como dueño de la historia y del destino del hombre.

f) AMOS, a la voz de Dios, debe dejar sus fincas y ganados y hacerse profeta. Y el eco de su profecía que pide justicia y denuncia la opresión del pobre y desvalido recobra actualidad presente, en un mundo donde no se respetan los derechos del débil.

g) Y entrando ya al Nuevo Testamento, la tónica no cambia. Todos los apóstoles deben tirar las redes, dejar su empleo, sus barcos, sus pueblos y familias y volverse peregrinos. Su vida sedentaria y tranquila cambia: de hombres de mar, a hombres de desierto y de montaña; viajeros de mil caminos, detrás de Jesús; "pescadores de hombres" (Mt.4:19).

2. A pesar de nosotros:

Todo este dinamismo divino - humano de la vocación se da muchas veces a pesar de nosotros. Con frecuencia hay forcejeo, hasta repulsa y regateo. Dios debe insistir.

Jonás huye ante el llamado de Dios y se embarca para Tarsis (Jon.1:1-4). Y ahí comienza su tragedia, hasta aprender que el peor negocio es resistir la voluntad de Dios. Y debe regresar al ministerio al que había sido llamado. Entonces "Jonás se puso en marcha" -dice el relato bíblico- "y fue a Nínive, como el Señor se lo había ordenado" (Jon.3:3-4).

A Moisés y a Jeremías no les valen sus disculpas de ser hombres de lengua enredada o de corta edad.

Pablo es el prototipo de rebeldía al llamamiento de Dios. Fue necesario derribarlo de su orgullo; quitarle la vista física por un tiempo, para abrirle un nuevo panorama de verdad, dominado por la figura del Jesús a quien él perseguía con sana farisaica. Pero al fin la gracia de Dios triunfa; y Pablo debe más tarde confesar a los de Corinto: "... soy lo que soy porque Dios fue bueno conmigo; y su bondad para conmigo no ha resultado en vano..." (1 Co.15:10).

En otros casos se pierde la vocación: el sacerdote Elí se hizo indigno de su ministerio, a causa de la corrupción de sus hijos, profanadores del altar y de las ofrendas; a quienes "no les importaba el Señor, ni los deberes de los sa

cerdotes, para con el pueblo..." (1 S. 2:12-13). Saúl perdió el favor de Dios, por sus repetidas infidelidades y desobediencias a los mandatos del Señor, hasta que éste debió comunicarle a su profeta Samuel: "Me pesa haber hecho rey a Saúl, porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis órdenes" (1 S. 15:11).

En el Nuevo Testamento el joven rico (Mt. 19:16-24) y Judas son ejemplos patéticos de vocaciones perdidas y no por falta de insistencia por parte de Jesús. Dios llama, insiste, reclama, entrega su gracia; pero nunca obliga. La vocación es una invitación de Dios que debe ser aceptada en libertad y plena conciencia. Es una gracia que puede rechazarse y aun malgastarse; pero cuando el siervo de Dios acepta y la voluntad divina prevalece, se desata un ministerio dinámico y rico de insospechadas bendiciones.

3. El Espíritu Santo confirma:

Interviene entonces el Espíritu Santo. Esta es una de sus funciones: confirmar con su gracia, asistencia y permanencia la obra del Padre y la del Hijo en aquellos que, por su voluntad, deben continuar en este mundo la extensión de su reino.

A esta confirmación y asistencia apuntan las promesas de Cristo a sus discípulos: "Les estoy diciendo todo esto mientras estoy con ustedes; pero el Espíritu Santo, el Defensor que el Padre va a enviar en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que les he dicho" (Jn. 14:25-26).

Estas promesas se han probado válidas para todos aquellos a quienes Dios ha llamado a ejercer un ministerio en nombre de su Hijo, Jesucristo. Pentecostés no fue un caso único y aislado. La acción del Espíritu de Dios es algo que se dio antes del Pentecostés de Jerusalén y se sigue repitiendo en la vida y ministerio de todos los creyentes, particularmente aquellos a quienes Dios llama para un ministerio especial en su reino.

Es interesante ver con qué frecuencia se repite en el Antiguo Testamento la afirmación: "Y el espíritu del Señor vino sobre ..." Y de seguido aparece el nombre de uno de los elegidos de Dios para algún ministerio.

He aquí algunos ejemplos: "Entonces el espíritu del Señor se apoderó de Sansón..." (Jue.14:6).

"... el espíritu del Señor se apoderó de David..." (1 S.16:13).

"El espíritu del Señor se posesionó de mí..." (Ez.11:5).

Es verdad que la noción clara y distinta del Espíritu Santo como persona divina la tendremos sólo en el Nuevo Testamento. Pero ahora bien que podemos atribuir toda esta acción de fortalecimiento y confirmación de la gracia de Dios en los creyentes y particularmente en los siervos elegidos para algún ministerio, a la tercera persona de la Trinidad, que venía actuando solidariamente con el Padre y el Hijo, desde la eternidad y ahora ya tiene un nombre "Espíritu Santo". El vino sobre María, el día que le fue anunciando el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, en sus entrañas virginales; y le cubrió con su sombra de poder y gracia (Lc. 1:35). Descendió sobre Jesús en el Jordán, en forma de paloma, confirmando la elección del Padre, en su Hijo Jesucristo, como realizador de sus propósitos de salvación (Mr.1:10). Regresó con Jesús del Jordán (Lc.4:1) y estuvo con él, al inicio de su ministerio en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús prestó a Isaías el texto introductorio de su primer sermón: "El Espíritu del Señor está sobre mí..." (Lc. 4:16).

La asistencia del Espíritu será desde entonces una constante que se repite en toda acción ministerial de Jesús, desde el Jordán y Nazaret hasta su despedida de la tierra, cuando reunió a sus discípulos "... y sopló sobre ellos, y les dijo: Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonaren los pecados, les quedarán perdonados; y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar" (Jn.2:22-23).

Esta misma constante de asistencia del Espíritu se repetirá en todos y cada uno de los discípulos de Cristo. Del aposento alto salieron los 120, el día de Pentecostés, con la palabra de las buenas nuevas de salvación, que aseguraba

la veracidad de su predicación y ministerio; y con el Espíritu Santo que garantizaba la eficacia de esa misma predicación y ministerio. Y así será siempre. Cuando Juan, el autor del último libro de la Biblia, quiso avalar la autenticidad de su mensaje, escribió, al principio del Apocalipsis: "Y sucedió que en el día del Señor quedé bajo el poder del Espíritu, y oí detrás de mí una fuerte voz, como un toque de trompeta, que me decía: Escribe en un libro lo que ves, y mándalo a las siete iglesias de la provincia de Asia..." (Ap.1:10).

Lo mismo será con nuestra vocación y ministerio. Como dice el apóstol Pablo: También nosotros, fuimos unidos a Cristo y sellados como propiedad de Dios "por medio del Espíritu Santo que él había prometido. El Espíritu Santo es la garantía de que recibiremos la herencia que Dios nos ha de dar cuando haya completado la liberación de los suyos, para que él sea alabado por su grandeza" (Ef.1:13-14).

CONCLUSION

Las Consecuencias

Muchas conclusiones se desprenden del misterio de nuestra vocación, y del formidable dinamismo que Dios introduce en la misma, cuando somos dóciles a su Espíritu. He aquí algunas:

- a) Es necesario recobrar la conciencia de nuestra vocación, como un llamado que viene sólo de Dios. El y sólo él puede dar razón a nuestro ministerio. Es verdad que ha dejado a la iglesia, como medio natural donde ésta se debe desarrollar; y que es a través de la iglesia como mejor podemos comprobar nuestra vocación.
- b) Vocación y ministerio son cosas sagradas, que deben tratarse, proyectarse y vivirse, con el máximo de reverencia y delicadeza. Y que sólo se pueden ejercer adecuadamente "de rodillas", "... dando gracias a Dios que siempre nos lleva en el desfile victorioso de Cristo Jesús y que por medio de nosotros da a conocer su mensaje, el cual se esparce por todas partes como un aroma agradable" (2 Co.2:14).
- c) Humildad, devoción y fidelidad son palabras que encarnan la correcta actitud del ministro de la palabra frente a la

misión que Dios le ha encargado. Tal como lo recomendaba el apóstol Pablo a su discípulo Timoteo: "Pero tú, hombre de Dios, huye de todo esto. Lleva una vida de rectitud, de devoción a Dios, de fe, de amor, constancia y humildad de corazón. Pelea la buena batalla de la fe; no dejes escapar la vida eterna, pues para eso te llamó Dios y por eso hiciste una buena declaración de tu fe delante de muchos testigos" (1 Ti. 6:11-12). La única manera de conseguirlo es en humildad, siendo conscientes de nuestra debilidad y flaqueza y de la necesidad de la presencia y asistencia de nuestro Maestro Jesucristo, el Pastor de pastores: "Permaneced en mí y yo en vosotros... separados de mí nada podéis hacer" (Juan 14:5).

d) Por eso es necesaria una total apertura a la voz de Dios, a su voluntad y a sus propósitos. No hay mejor estrategia para un ministerio exitoso y fructífero. Hasta que no tengamos la disposición que tuvieron Samuel y Pablo para decir de corazón al Señor: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 S.3:9), "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hch.9:6), nuestro ministerio irá de tumbo en tumbo, mostrando quizás muchos éxitos de relumbrón, acumulando números y conquistas humanas, pero la sustancia del mismo, la permanente presencia de Dios y su Espíritu en nuestra vida y en la de aquellos a quienes ministramos, se quedará por puertas, esperando que nuestra vanidad y orgullo humanos den paso a la gracia de Dios.

e) Fe y confianza: fe que nos hace esperar lo inesperado, hasta lo imposible. Fe práctica, como la define la epístola a los Hebreos: "La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (He. 11:1). Fe que se vuelve confianza y que nos sostiene día tras día en las grandes y pequeñas pruebas del ministerio, porque con Pablo sabemos que: "Dios nos ha encargado de anunciar este mensaje, y nos ha enviado como apóstoles y maestros. Precisamente por eso sufrimos todas estas cosas. Pero no nos avergonzamos de ello, porque sabemos en quién hemos puesto nuestra confianza; y estando seguros de que él tiene poder para guardar hasta aquel día lo que nos ha encomendado" (2 Ti. 1:11-12).

f) Amor. Porque, "si hablo de parte de Dios y entiendo sus propósitos secretos y sé todas las cosas y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada" (1 Co.13:2). Esta es una obra de amor. No hay otra manera de ejercer el ministerio cristiano. El amor es la marca inconfundible de todo discípulo de Cristo (Jn.13:35). Podemos ambicionar, como dice Pablo, "todos los dones espirituales,

especialmente el de comunicar mensajes de parte de Dios, pero al mismo tiempo debemos procurar tener amor" (1 Co.14:1). También para nuestro ministerio, muchas cosas hay que son permanentes; entre ellas, Pablo menciona en particular: "la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor (1 Co.13:13). Porque, como dice el mismo apóstol, "lo que vale es tener fe, y que esta fe nos haga vivir en el amor" (Gá. 5:60).

* * * * *